

nuestras casas; donde las mismas casas sean de verdad paisaje. Y los ciudarrealeños necesitamos una provincia promocionada en sus centros de interés natural y humano, en estos puntos singulares donde puede organizarse una vida moderna actual, rentable, sin perder la originalidad y el recato. Necesitamos que nuestras ciudades sean como personas, y que las personas podamos vivir, como personas de hoy, en nuestras ciudades.

Y habrá que desterrar sensibilidades y orgullos, conjuras, fricciones y complejos, y unirse y defenderse para muchas cosas. Porque estas comunidades tienen que completarse y formar equipo, hoy, cuando ninguna puede pretender bastarse a sí misma, disponer de todo. Estas comunidades habrán de ser, en muchos aspectos, mancomunidades. Y otra vez la armonía será el verdadero secreto. La armonía: ese misterio de la creación, que el hombre y la ciudad han de ganarse diariamente.

En todo caso, pensando en estas cosas, seguimos empeñados en el elogio y justicia de las ciudades medianas.

Hacen falta unas cuantas razones poderosas  
para el cambio de tierra por cemento,  
para instalarse en bosques  
de árboles de metal impunemente.  
Hace falta tener muy pobre el alma.

Sentarse con la tarde a la orilla de un río  
y ver pasar de pronto algunos pájaros  
libres, de campo abierto . . .  
Recorrer lentamente  
veredas de verdad entre la hierba . . .  
Escuchar, al dormirse, la canción de los grillos . . .

Estas y otras dulzuras,  
¿es que no son más nuestras, más profundas y claras  
que otras mil atrevidas de un progreso indomable?

En todas partes, Dios.  
Pero, en algunas, qué difícil verle.

